

Vida espiritual: Tomar nuestra propia Cruz

La Cruz fue el escenario donde Cristo nos salvó. Nuestra felicidad no tendría sentido si Jesús no se hubiera entregado en la Cruz porque entonces no existiría la vida después de la muerte (no tendríamos acceso a la vida eterna) y, por tanto, nuestra felicidad no solo sería parcial sino carente de sentido.

Fingir que se puede seguir a Jesús, sin asumir nuestra Cruz, nos llevará a la desilusión pues no podemos evadir a nuestro propio dolor. Jesús encontró en la Cruz el camino para darnos una felicidad realmente infinita, es por esto, que no podemos abandonar la idea de vivir nuestra Cruz de cada día sabiendo que, a través de ella, vamos a ir construyendo nuestra felicidad en el cielo comenzándola a vivir (aunque no en su plenitud) desde esta tierra. Quien sufre no es simplemente porque está viviendo alguna Cruz sino, más bien, por la dificultad de asumirla con ánimo y esperanza.

Aquellos que aprendieron a confiar en Jesús fueron los que hicieron de su Cruz un camino para ir construyendo su propia felicidad y hacer que su vida diera abundantes frutos. El cristiano debe asumir su propia Cruz con la fuerza siempre necesaria del amor, es decir, aceptando vivir con esperanza y sin dejarse vencer por la adversidad.

Quien asume la Cruz se vuelve libre porque, de esta manera, el dolor no le ganará ya que encontrará en Jesús el ánimo necesario para no dejarse vencer por la desesperanza.

La Espiritualidad de la Cruz no busca promover una religión centrada en la tristeza sino enseñar a las personas que existe una forma de hacer frente al dolor sin que este nos haga infelices. El mensaje de la Cruz NO quiere decir que debemos buscar el sufrimiento sino que, cuando este se haga presente en nuestra vida, logremos asumirlo con la confianza y la alegría de aquellos que han encontrado en Dios a su más grande punto de apoyo.

Jesús nos anima y desea que tomemos siempre el lado bueno de las pruebas ya que, de esta manera, seremos felices evitando ser indiferentes a nuestro dolor y al de los demás. La Cruz libera y, a su vez, nos forma pues Cristo en ella nos salvó y enseñó que puede más la fuerza del amor que la del odio.

La Cruz de Jesús guarda nuestra verdadera libertad y felicidad. Si somos capaces de tomar el dolor con la fuerza del amor y de la esperanza ¿quién podrá robarnos la felicidad?...ciertamente nada ni nadie pues con Jesús logramos ser realmente personas felices. La Cruz ya no debe darnos miedo porque sabemos que Jesús es nuestra fuerza y que con Él podremos salir adelante en la construcción de nuestra felicidad.

Carlos Díaz, joven laico de la Familia de la Cruz

